

## DERROTA Y MUERTE DE LAUTARO

Y fue así que acertó a venir a coyuntura el mariscal Francisco de Villagrán de la ciudad de Valdivia, y sabiendo lo que Lautaro había hecho y donde estaba encastillado con su gente, se determinó de ir sobre él con setenta hombres que traía para cogerle descuidado por la parte de que él menos se recelaba, ni aún se acordaba della, como si no hubiera Valdivia en el mundo ni Villagrán que viniese de ella. Al mismo tiempo venía de la ciudad de Santiago el capitán Alonso de Escobar, que era valeroso soldado y maravilloso hombre de a caballo de ambas sillas, el cual traía cincuenta españoles y con ellos al capitán Juan Godinez para dar en la fortaleza por la parte que caía al camino, que era la que Lautaro tenía pertrechada. Mas como Francisco de Villagrán tuviese noticia de su venida, les envió a decir que acudiesen a cierto lugar donde todos se juntasen para hacer la suerte más al seguro. Y habiéndose hecho esto sin que los enemigos lo entendiesen, se pusieron en orden los ciento y veinte españoles de ambas compañías, y marcharon toda la noche a paso tirado, para dar a los contrarios la alborada con un rocío, no del cielo, sino de los arcabuces y mosquetes.

Levantóse acaso al amanecer el capitán Lautaro desperezándose de la carga del sueño, no pudiendo gozar dél con la inquietud que le daba lo que había soñado, y era que moría él y todos los suyos a manos de los cristianos. Y con la angustia que se sentía despertó a una india que tenía consigo para darle parte de su aflicción, por ser esta gente muy crédula y supersticiosa en todo género de sueños y agüeros. Llamábase la india Teresa Guacolda, la cual se había criado, desde muchacha, en casa de Pedro de Villagrán,

y la había cogido el Lautaro a tiempo que andaba en estos asaltos, tomándola entre las demás que él y sus secuaces hubieron a las manos en los pueblos por donde iban entrando. Esta despertó gimiendo y sobresaltada, porque estaba actualmente soñando que los españoles mataban a los indios de aquel fuerte y a Lautaro entre ellos. Y como Lautaro la oyese referir lo mismo que él quería contarle, alborotóse mucho más, y por saber si el sueño tenía fundamento, llamó a un indio cuyo nombre era Aliacan, famoso en el arte de adivinar, y le dio noticia de lo que pasaba, el cual le metió más miedo que él tenía, diciéndole podría ser que sucediese. Al mismo punto llegaron los españoles, y entraron por el portillo desamparado cogiendo a los tres en medio de su plática, y a los demás cargados con el peso del sueño por ser la hora en que más él predomina en los mortales. Dio entonces Lautaro voces y echó manos a una parte sana con que se defendió mientras acudían algunos de los suyos, aunque por presto que despertaron, había ya muchos metidos en sueño más profundo, que es el de la muerte dada por mano de los españoles, que iban entrando y ofendiendo sin perdonar lance. Mas como los indios eran tantos, acudió gran suma de ellos a la refriega, la cual anduvo por largo rato muy furiosa y sangrienta, sin salir hombre de la fortaleza hasta que echaron de ver a Lautaro muerto de una lanzada sin saber quién se la hubiese dado; entonces desmayaron los indios comarcanos de Itata, Ñuble y Renoguelen y se huyeron, saliendo cada uno por donde pudo; pero ninguno de los araucanos volvió un punto el pie atrás, por estar determinados de morir antes a manos de los españoles que volver a su tierra vivos y vencidos. Y cumplieron tan exactamente su propósito, que no cesaron de pelear hasta que todos quedaron allí tendidos sin escapar hombre con la vida.